AÑO I NÚM. I

GRECIA

REVISTA DE LITERATURA

SEVILLA

A. GROSSO

Sevilla 12 Octubre de 1918 10 Céntimos

La Flor de la Campana

ULTRAMARINOS FINOS

Especialidad en chacinas y conservas

Antonio Muñoz Carranza

Campana núm. 7.--Sevilla

Las Antillas

SAGASTA, 25

ULTRAMARINOS FINOS

Recomendamos a nuestros distinguidos lectores, visiten esta casa, por excelencia a mas preferida por el público de buen gusto.

Grecia

Revista Quincenal de Literatura

—

Director

Isaac del Vando-Villar

Redactor-Jefe

Adriano del Valle

Redacción y Administración

Amparo, 20.—Sevilla

Precio de suscripción mensual

En Sevilla. . . . 0'30 ptas.
En provincias . . . 0'40 »
En el extranjero. . . 0'50 »

Número suelto, 10 céntimos.

GRECIA se vende en todas las capitales y pueblos importante de España

Tirada mínima 5.000 ejemplares

Prestigiosas colaboraciones

Bertrand Auban Gasquet

OPTICO

SIERPES, NÚM. 34.—SEVILLA.

Gran surtido en óptica. Electricidad, fotografías y ciencias.

Muebles y decoracion

BAZAR DE LA CAMPANA

Fábrica

SANTA MATILDE

Talleres de Fundición,
Maquinaria y Cerrajería

DE

H. de M. A. Montes

Teodosio, núm. 47 y 49

SEVILLA

Herrajes para toda clase de edificaciones. Construcciones Metálicas. Especialidad en Norias
Tuberías y Cañoneras.

Se facilitan planos y presupuestos

Señas telegráficas: Montes Fundición

CASA DE PRESTAMOS

SAN ELOY, 18

Se venden máquinas de escribir de diferentes marcas, aparatos fotográficos, un klapp de información, un cectante, fonógrafos, escopetas, revólveres y calzados de caballeros.

Se pignoran toda clase de aparatos fotográficos.

Montes Sierra e Hijos

BANQUEROS

(Sucesores de Huidobro)

Ciudad de Sevilla

Grandes Almacenes de Tejidos y Novedades

Casa general de confecciones en todos los ramos del vestir, y la más importante y mejor montada de España.

Recibe constantemente cuanto nuevo se crea en modelos y tejidos en todo el mundo.

Francos, 16-Agujas, 1 y Alvarez Quintero, 7, 9, 13 y 15.-Sevilla

VINOS Y CONACS

JEREZ

Fino BORRERO

Manzanilla LA SULTANA

LA MEJOR DE SANLUCAR

Sánchez, Borrero y Comp.ª S. en C.

AÑO I. SEVILLA, 12 DE OCTUBRE DE 1918 NÚM. 1

En la angustia de la ignorancia —de lo porvenir, saludamos—la barca llena de fragancia—que tiene de marfil los remos.
Rubén Darío

DIRECTOR
Isaac del Vando-Villar

Revista Quincenal de Literatura.
Redacción: Amparo, 20

REDACTOR-JEFE
Adriano del Valle

NUESTRAS NORMAS

...Y Schahrazada dijo:

Henos aquí, como en un sueño, ante *Las Mil Noches y Una Noche* de las revistas.

Aquel iniciado en los ritos paganos del Arte que al hojear nuestras páginas fuera como si traspusiese, bajo las arcadas de los limoneros en flor, las sendas perdidas entre los laberintos de arrayanes de algún misterioso Generalife de ensueño, hallará en ellas tanto a las nueve Musas hermanas que bajarán cantando desde las doradas colinas del Helicón, como a las lujuriosas esclavas del rey Schahriar y a las de su indomable hermano Schahzaman, el gran Señor de Samarcanda.

Aquellas traerán, en las coronas de rosas de sus frentes, toda la gracia harmónica de los frisos praxitelianos; estas traerán, en la pompa cincelada de sus turíbulos, todo el enervamiento perverso de los afrodisiacos perfumes orientales.

Unas y otras encenderán las lámparas perfumadas de nuestra fantasía y se alejarán las Musas hermanas, llenando de perfumes los sensitivos labios de la brisa con la fragancia de sus nueve coronas de rosas, y se ocultarán en la umbría de los lauredales, en un caminar alborozado hacia las luminosas colinas, florecidas de mármoles, del Atica.

Y quedarán las esclavas, con el fuego de las rosas carnales de sus sexos, con el violento poder lascivo de sus úteros sedientos de fecundaciones. Quedarán para gozo y deleite de los siete Pecados Capitales que, como los leones de Asuero, rugen en las selvas hostiles de nuestras pasiones.

Serán impúdicas y libres, en una desnuda brillatez de estrellas, cuando apa-

rezca el robusto Massaud que las goze, bajo la bóveda en flor de los jardines. Serán impúdicas y libres cuando el esclavo Massaud bese los signos del zodíaco en el fondo de sus luminosas pupilas estrábicas.

Y el torvo rey melancólico de las barbas de ébano florido que, reclinado sobre el alféizar de una ventana, contempla la escena y medita, enfermo de haschich y de lujuria; y los pavos reales de los kioscos umbrosos del parque abriendo las tropicales auroras de sus colas, desplegando la pompa boreal de sus estandartes de plumas, en los que ostentan los cien ojos de Argos; y los cisnes del estanque, enfermos de luna y de melancolía, como imperiales trirremes de armiño que arrollasen guirnaldas de estrellas sobre las aguas tranquilas; y los lagos, como acuáticos vergeles florecidos de las lises áureas de los luceros, y las fuentes arqueras que escondidas entre las frondas disparan a las estrellas las saetas luminosas de los surtidores, todo se mostrará, aquí, en este jardín hermético que queremos hacer inaccesible para la poda profana del hacha de «Zoilo, el verdugo.»

***

(El adusto sultán, medita. El cisne navega, como la barca del caballero Lohengrin, sobre el lago, y el pavón real finge tener, en lo omnicoloro de su cola abierta, todos los astros de la celeste Urania.)

***

Que Schahrazada diga la primera palabra de luz de nuestra obra, ante el sultán violento y sanguinario del vulgo, y bien haya si ella basta para detener sobre nuestras frentes la corva cimitarra de la incomprensión.

En nuestro sueño,—pues que sueño es todo obra de juventud, y ésta lo es,—nos ponemos bajo la advocación de Rubén, el Panida de los liróforos celestes, como él mismo coronó a Verlaine, el sátiro griego de la Galia, y su *Programa matinal* será la norma de nuestras aspiraciones.

«Ante la angustia de la ignorancia de lo porvenir», fletemos la barca de cristal y lirios que ha de hacer rumbo a la fragante Citerea. ¡Que las velas de púrpura se inflen de luz y de viento bajo la caricia lasciva del sol latino, y que los remos de oro abran círculos musicales en las aguas, como en los surcos de la tierra se abren, al empuje triptolémico, los úteros fecundos de las germinaciones! ¡Que sean las antenas de marfil como una lira de los vientos, y puesto que tiene la nave en sus curvas simulaciones rotundas de matrona y lleva ánforas de perfumes, y cargamentos de esclavas blancas, y tapices de Smirna, y cestas de flores y frutos, y citaristas núbiles y desnudas, y canéforas y danzarinas, y escanciadoras de los ardientes moscateles, saludemos al Sol, hermanos; saludemos al gran Sol latino, emperador de las liras y las rosas, y adoremos a Venus, naciente del mar, emperatriz de la tarde y las estrellas!

***

Un cordial saludo a la prensa; saludo de camaradas, de hermanos.

Ella tendrá en nosotros, jóvenes paladines de las Musas, nuevos vástagos segundogénitos dispuestos para toda cruzada que emprenda por el Bien y la Belleza, bajo cuya sonrisa nacimos, —como los pueblos primitivos de que nos hablaba Mardrus,—limpia el alma de toda maldad y de doblez alguna.

Para todos, pues, vaya la salutación de nuestros brazos.

Por GRECIA

ADRIANO DEL VALLE.

INVOCACIÓN A LA VÍA LÁCTEA

En la noche de otoño, en medio de los campos, en la época en que se queman los rastrojos, con la cara vuelta hacia los cielos, en la actitud de los que recogen en los labios un raudal que viene de lo alto, te veía por encima de mi ¡oh Vía Láctea! ancha y lenta, como una gran humareda, salida del hogar en que nunca se apaga el fuego, como una humarada interminable, elevada de los campos del cielo, en la que ardían miles y miles de chispas inflamadas y que eclipsaba todos los humos humildes de nuestras casas.

Te veía así ¡oh Vía-Láctea! en este tiempo de quemar los rastrojos, en que el aire tenía un olor de hogueras apagadas, y sentía que mis ojos, llenos del picor de las llamas, se nublaban mirándote, oh inmensa humareda misteriosa que todo el cielo cogías, de un extremo a otro, y la ciudad a lo lejos cobijabas ancha y lenta, llevando tus grandes vellones más allá de las puertas lejanas al otro lado, mas allá de lo que no se alcanza a ver.

Mis ojos se nublaban de mirarte, turbados también por tus humos ¡oh Vía Láctea misteriosa! y mis piernas temblaban y todo yo tembiaba como los ríos que reflejan una imagen movediza; pero yo no me cansaba de mirarte; y de hito en hito te miraba vuelta la cara hacia los cielos, como los ríos, cuya agua oscura se torna blanca como la leche mirándote; y seguía tu curso sosegado y lento ¡oh gran humo de la casa del tiempo: y te veía prolongar tu anchura, grande como el tronco de un árbol viejo y envolverlo todo y llenar las alcobas estrechas del sábado y las tabernas del sábado en que una niebla clara queda meciéndose al ras de los techos bajos sobre las caras alegres.

Te veía llenarlo todo ¡oh Vía Láctea! veía al mundo entero anegado en tu dulzura ¡oh gran rio que un gran humo semejas! por todas partes penetrado de tu claridad vaga, oh raudal desprendido de un inmenso seno, del seno de la madre del mundo; aun más abría mis ojos y mi boca ávida, para recogerte en el aire y temblaba como los hombres que beben poniendo el vaso en lo alto, lejos de sus bocas.

Y veía temblar el mundo todo, con la embriaguez de tu dulzura, como tiembla el niño bajo los senos de la madre, tan grandes sobre su cara pequeñita; el mundo entero veía temblar como si se anegase en tu anchura y fluyese contigo ¡oh Vía Láctéa! como si se amamantase de tu seno; y temblaban las madres, también de tí nutridas, hundiendo en tí sus pechos como las lavanderas hunden los suyos en las aguas, para exprimirlos después en las bocas de los párvulos; y las estrellas se borraban, eclipsadas por tí y todo se borraba, eclipsado por tí ¡oh claro humo! como todo ornamento se borra en la blanca carne de la madre.

Y yo te miraba ¡oh Vía Láctea! entonces, con toda mi alma abierta a tí, ávida por la nostalgia de las nodrizas, ávida por el recuerdo de haber sido destetado con acíbar; y te abría mis labios y mis mejillas te ofrecía, para que en ellas tú abrieses los antiguos surcos por donde en otro tiempo fluyó pródiga la dulzura de las madres.

Mi rostro entero enjuto y seco te ofrecía, para que tú, pródiga, lo empapases y colmases mi terrible avidez con tus frescos calostros, y en ellos anegases mi alma: y con los ojos dilatados, como cuando una ligera llovizna los hiere, te miraba y miraba ¡oh Vía Láctea! atónito, como desde un desierto, esperando que ni evamente llegase hasta mí esa dulzura, que en otro tiempo me dieron las alcobas y unas gotas inesperadas salpicasen mis ojos, como las que brotan a veces de los senos que se ofrecen a un hombre y que han sido antes oprimidos por un niño.

R. CANSINOS-ASSENS.

DOS PERLAS

DE

El collar de Afrodita.

(LIBRO INÉDITO).

I

Muy francesa.

Gusto de tu amor, francesa,
que es un perfume violento;
gusto de tu amor que besa
con la boca y con el acento.

Gusto de ti que sorbes poco
a poco con tus labios glotones
a la par que el champán loco
médulas y corazones.

Gusto de tu amor de vicio
lleno de éteres morbosos
y que para mí que me inicio
tiene calambres dolorosos.

Pero te amo así, perdida,
llena de ojeras y carmín,
medio borracha, medio sin vida,
alcoholizada en el festín.

Que sepas unir tu boca

a la mía en un fox-trot
y ahogar mi tedio en la ola loca
del Pommery y del Clicquot.
Y en el lecho... ¡No hablemos de [eso!
Morir desmedulado y caer
en un hondo y perverso beso,
entre las garras de Lucifer.

ROGELIO BUENDIA.

II

A Suzón, la niña francesa de los ojos azules.

Que Diana te dé su luz de nardos para
la tibia seda de tu cuerpo y de tu cara;
que las rosas no lleguen en tu rostro a apa- [garse
ni en las islas que empiezan en tu torso a ele- [varse;
que sea suave, como plumaje de paloma,
la pelusa de oro que en tu pubis asoma;
que conserve tu cuerpo siempre la languidez
que ilumina de gracia su divina esbeltez.
Que Afrodita te ponga, divina adolescente,
en tus ojos la llama de su mirada ardiente;
haga que sea tu boca manantial de caricias
y tu sexo un venero de supremas delicias;
que le dé a tus caderas la lenta agitación
a cuyo ritmo brota la vida, del varón;
que en tus venas encienda hogueras sensuales
e incansable te haga en las luchas carnales.
Que sientas al mirarme un delicioso ardor;
que los Dioses inflamen tu sangre por mi amor
y que la gloria virgen de tu cuerpo me dén
por los siglos de los siglos. Amén.

ARMANDO LUNA.

ANTOLOGÍA

SIETE CANCIONES DE ANACREONTE.

Cuanto nos queda del eternamente joven anciano de Teos—«el Epicuro de la poesía, antes de que apareciese el propio Epicuro», como dice Faguet—ya se trate de su verdadera labor literaria, ya conozcamos ésta algo bastardeada al través de las recensiones alejandrinas y renacentistas, respira la delicadeza y la gracia, la suavidad de la vida, el placer y la voluptuosidad.

Anacreonte, que vivió en el siglo VI antes de nuestra Era, brilló en la corte de Samos, junto al tirano Polícrates, y más tarde pasó a la Grecia continental, llamado por Hiparco. Es el patriarca de la poesía erótica. Sus odas, escritas con notable sencillez y pureza en dialecto jonio, aunque correspondiendo al arte eólico, fueron indudablemente entre los griegos canciones de mesa. Bajo su ligera apariencia, están llenas de una honda y seductora fuerza vital, hasta cuando evocan la misma muerte, y se nos brindan como divinas rosas inmarchitables, entre las que es imposible establecer un orden de superioridad.

Tenemos en España varias traducciones en verso de Anacreonte, como las de Villegas y Conde y, sobre todo, la admirable de Castillo y Ayensa. Pero la versión rimada de una obra poética, singularmente de este especialísimo género, jamás puede dar la sensación de su original. A continuación, expresando del modo más exacto posible el pensamiento del gran poeta, traducimos en prosa literalmente algunas de sus canciones, según el texto de la edición grecolatina de Maittaire (Londres, Bowier, 1725, 4.°) debidamente compulsado con varias antologías y otras obras auxiliares.

MIGUEL ROMERO Y MARTÍNEZ.

I.

El amor mojado.
(De Eros).

Una vez a las horas de media noche, cuando gira la Osa hacia la mano del Boyero y los mortales todos duermen rendidos del trabajo, Eros, presentándose, agitaba el aldabón de mi puerta. «¿Quién llama a la puerta, dije, interrumpiendo así mi sueño?—Abre, respondió Eros; soy un niño, no temas nada: la lluvia me está mojando, y me he extraviado en esta noche sin luna.» Al oir estas palabras me compadecí, y, encendiendo al punto mi lámpara, le abrí, y encuentro a un niño con alas, un arco y un carcaj. Sentándolo al fuego, le calentaba las manos entre las mías y enjugaba sus cabellos empapados en agua. Pero en cuanto se reanimó, díjome: «Anda y probemos el arco, por si la humedad

ha estropeado su cuerda.» Tiende entonces el arma y me hiere en mitad del corazón, como un tábano. Y da en seguida un salto, riéndose con picardía. «¡Albricias, huésped!—me dice; mi arco está sano; pero de hoy màs queda enfermo tu corazón.»

(Oda III).

II.

El convite.

(Eroticón).

Bebamos alegres, poniendo en nuestras sienes guirnaldas de rosas. Una muchacha de suaves pies danza al son de la lira, llevando los tirsos que resuenan con las hiedras ensortijadas. Y al mismo tiempo un doncel de hermosa cabellera toca su cítara, derramando, a la dulce expiración de sus labios, una voz penetrante y divina. El rubio Eros, con el lindo Lieo, al lado de la encantadora Citerea, asisten gozosos en este convite, delicia de los viejos.

(Oda VI).

III.

De la copa de plata.

Tú, artífice de la plata, Hefaistos, fabrícame no una panoplia (¡qué se me da a mí de las batallas!) sino una ancha copa, ahondándola cuanto puedas. No me grabes en ella estrellas, ni el Carro ni el triste Orión. ¡Qué me importan a mí las Pléyadas ni el lucero del Boyero! Grábame vides, y en ellas racimos, y a las Ménadas vendimiando. Graba un lagar de vino, y en oro, de pisadores, al hermoso Lieo, a Batilo y al Amor.

(Oda XVII).

IV.

Del beber.

La negra tierra bebe; beben de ella los árboles; bebe el mar de los ríos; Helios, del mar; y de Helios, Selene. ¡Y me reñís, camaradas, porque quiero beber!

(Oda XVIII).

V.

A una muchacha.

No huyas de mí porque veas blanco mi cabello ni esquives mis caricias porque contigo vaya la brillante flor de la hermosura. Fíjate cómo sienta en las guirnaldas unir los blancos lirios con las rosas,

(Oda XXVI).

VI.

A un muchacho.

¡Oh muchacho, que miras como una virgen!, yo te busco, pero tú no me escuchas, porque ignoras que tienes las riendas de mi corazón.

(Oda LVI).

VII.

De Batilo.

Dibújame al amado Batilo como yo te enseñe. Pon los cabellos brillantes, por dentro negros, rubios por las puntas. Junta sin orden los graciosos anillos de sus rizos y deja que caigan a placer. Adornen su frente suave, humedecida por el rocío, cejas más azuladas que el dragón. Negros y ardientes sean los ojos, con mezcla de serenidad: Tengan lo terrible de Ares y lo suave de la hermosa Citerea, de modo que cualquiera ya los tema, ya espere de ellos. Pinta la rosada mejilla con un fino vello, como el melocotón. Haz de modo que el color rojo, signo del pudor, pueda asomarse. No sé de qué manera haz de hacerme los labios... Dulces, henchidos de la Persuasión; que la misma cera, finalmente, parezca hablar callando. Muéstrese con el rostro el ebúrneo cuello, que aventaje al de Adonis. Ponle el pecho y las manos de Hermes, los muslos de Pólux, el vientre de Dionisos. Pon encima de los hermosos muslos, de los muslos que broten fuego, su potencia de púber, anhelante ya de las delicias del amor. Envidiosa es tu arte, porque no puede representar lo mejor, que es la espalda. Y ¿para qué decirte de los pies? Toma el precio que exijas. Descolgando aquel Apolo, pinta ahora a Batilo; cuando vayas a Samos, por Batilo retratarás a Febo.

(Oda XLIV).

El cuento quincenal

Aquella Eulalia...

JORGE Calatrava, el poeta de los serenos «paisajes interiores», con claros de luna y armonías de fuentes, siempre en constante contradicción de su temperamento con sus obras, me hablaba aquella tarde de su último amor. En su relato había vaguedad de pausas e indecisiones torturantes al sondar en las antiguas heridas. Sus ojos, grandes y negros, constelados de fulguraciones lúbricas, rojas y vivas como llamas de antorcha, parecían, por una rara regresión visual, escudriñar en el fondo del pensamiento, por donde pasaban confusos tropeles de recuerdos.

El estudio, adornado con muebles antiguos y un alto zócalo de roble tallado rodeando el muro, tenía severo aspecto de coral recinto. Sobre la mesa de trabajo, en un búcaro de cerámica árabe, morían unas rosas en el martirio pasional de sus perfumes. Los oros de la tarde, amortiguándose en el azul pálido del cielo, ponían débiles destellos en el bronce de los bustos que decoraban las estanterías. Y en la paz de las cosas, la voz de mi amigo sonaba lenta, como un constante manar de aguas claras.

Decía:

... Levanté la pesada cortina y, despacio, sin hacer el menor ruído, penetré en el salón. De espalda, ligeramente inclinada hacia el papel de música la cabeza de la magnífica cabellera áurea, estaba Eulalia sentada ante el piano. Vestía un leve traje de tules bordados y sus brazos desnudos, extendidos sobre las teclas, movíanse cadenciosos. Religiosamente, como en el fervor de una capilla, contemplé en éxtasis los hombros suaves, donde la luz de una lámpara japonesa ponía iris de nácar. Y recordé «los relámpagos de nucas blancas» de que habla Verlaine en «Fiestas galantes», al detenerme en la suya, cubierta por una ligera pelusa de oro, mórbida y fragante como una magnolia, digna de ser mordida por la simiesca boca del divino Marqués. Las notas de la «Patética» la envolvían en una onda *casi luminosa;* en la intensidad armónica de la música, dijérase que se difundía la luz que irradiaba su carne, encerrándola en un halo de sonidos, de aromas, de tibio aliento de epidermis femenina...

Sigilosamente, fuí a sentarme junto a ella, sin que me notase Ahora, erguida en su asiento, echada hacia atrás la cabeza, me mostraba la garganta de deslumbrante blancura de armiños, y los senos erectos bajo los tules, como frutos esféricos, plenos de dulcísimos zumos. Los ojos, agrandados bajo el arco de las pestañas y hundidos en el morado lago de las ojeras, parecían soñar con cosas lejanas e imposibles. En tal actitud, creyérasela toda alma, criatura angelical, de pensamientos puros como las azucenas que florecen entre las manos de las vírgenes, incapaz de rozar con la orla de su traje los abismos donde rugen los Vicios y silban las sierpes ponzoñosas de las Lujurias. Pero yo la conocía ya; sabía de sus absurdos caprichos narcisistas, de sus embriagueses de licores demoniacos, de sus crueldades sádicas, capaces de espantar a los mismos hombres. Yo la conocía ya y no podía creer en la idealidad que velaba sus pupilas con un vapor de lágrimas.

Una tortura imprecisa, producida por la espera de algo, que sin conocerlo, estamos seguro de que ha de llegar, me encadenaba con ligaduras candentes al sillón, donde no me atrevía a moverme por temor a advertirla y precipitar la catástrofe.

La estancia semejaba mirar la escena con las múltiples pupilas de sus grandes espejos; las tapicerías cubrían las paredes con la eglógica gracia de sus Galateas y Batilos, en bosques bordados; era una fiesta de perfumes, los ramos de rosas en los jarrones de ágata y la verbena en flor que asomaba su nevado ropaje por las policromadas vidrieras entreabiertas: los abanicos chinos extendían su países poblados de ibis de plata y delicadas musmés de historiados tocados de crisantemos, y la abundancia tallada de las cornucopias, brillaba en la penumbra con leves destellos de oro. En el fondo de una marquesita, sobre cojines de seda roja, se apelotonaba una gata blanca, auroralmente blanca, inmóvil en la tibia caricia de su lecho, fijos los ojos ictéricos, como dos cuentas de ámbar.

Cesó la música, y las notas, al morir, semejaron una bandada de alondras en fuga. Rápidamente, girando sobre el taburete, Eulalia volviose hacia mí, sin extrañarse de hallarme en aquel lugar, como si ya hubiera notado mi presencia. Aguardé anheloso sus primeras palabras, seguro de que, como en otras ocasiones, se me mostraría esquiva y desdeñosa. Pero me engañé. Echándome los brazos desnudos al cuello y arrimando su mejilla rosada a la mía, hasta hacerme sentir el dulce calor de su respiración, un tanto alterada, dijo con aquella su voz armoniosa, llena de trémolos pasionales:

—Mi pequeño poeta, mi dulce poeta de los versos azules; ¿estabas ahí sin decirme nada, sin saludarme siquiera? ¡Qué niño, pero qué niño eres! Apuesto algo a que no te atreviste.

Sin darme tiempo para responderle, se alejó rápida tras las blasonadas cortinas del salón. Mi sensibilidad, exaltada hasta lo sumo, vibraba como las cuerdas de un arpa. No me atrevía a pensar, conociendo que las reflexiones que pudiera hacerme, acaso fuesen deshechas dentro de un instante por cualquier nuevo capricho de ella. Mi cerebro era un cuenco vacío donde apenas quedaba el limo de las aguas que contuvo.

A poco, regresó Eulalia trayendo, en una bandeja cincelada, pirámides de frutos, de pastelillos de liebre, y vino dorado en una jarra de cristal y plata, Sonreía. Sus dientes blancos y menudos brillaban entre la púrpura de los labios glotones, llenos de azúcar de los dulces.

—Yo misma me sirvo, sin necesitar a los criados. Me molestan con su irónico respeto.

Colocó todo aquello sobre un pequeño velador cubierto de randados manteles, aproximó una *chaisse*, lánguida como un desperezo, y se extendió en ella, cruzando los brazos bajo la nuca; el vestido, recogido en las rodillas, descubría las finas piernas, calzadas con medias transparentes color de acero; la áulica cabellera rubia se desbordaba sobre los brazos desnudos y enarcados, y, en un constante revoloteo de pájaros inquietos, los senos se alzaban con el ritmo pausado de la respiración.

—Tenía hambre - dijo. — La música, para mí, tiene la virtud de despertarme el apetito. ¿Es raro, verdad?

Aturdido por la insólita confesión, repuse con inconveniente filosofía:

—No, nada tiene eso de extraño. Cuentas con tan escasa cantidad de espíritu, que al menor esfuerzo, naufraga la pobre paloma azul en la reacción de tus sentidos.

—Eres galante.

Y por sus ojos, claros como ópalos, pasó una chispa de ironía.

—No lo tomes a mal, Eulalia. Pienso que la cualidad que hace reinas de los hombres a las mujeres, es la fuerza irre-

sistible de sus sentidos. Por eso, tú, mereces la triple corona de las emperatrices.

—Pues yo pienso, querido Jorge, que vosotros, los hombres, tendreis siempre la desgracia de no comprendernos.

—Lo cual no es desgracia, sino fortuna, porque lo desconocido nos impulsa hacia el misterio de la Vida y de la Muerte, que se encierra en vuestros ojos como en el triángulo de Astarté.

—¡Bravo, poeta, muy bien! Mira, dame de comer, que tengo mucha hambre y... mucha pereza.

Su voz desfallecía al decir esto, llena de mimo. Cogí un pastelillo y lo aproximé a su boca, fruncida como un capullo de terciopelo rojo, que, al comer, se iba llenando de azucaradas migajas, haciéndome sentir en las yemas de los dedos, la tibia suavidad de sus labios húmedos. Después, escanciando el moscatel de oro, le brindé la copa, que bebió sorbo a sorbo, como una niña chica. Yo me dejaba seducir por esta grata intimidad a que tan poco acostumbrado me tenía, creyendo que acaso pudiera sorprenderla en un instante carnal en que me brindara, en un codiciable abandono, la divina afrodisia de su cuerpo. Arteramente le daba a que apurara copas de oloroso vino, notando como se turbaban cada vez más los claros ópalos de sus pupilas.

—Eres malo, Jorge, muy malo conmigo—decía jugueteando con los pasadores de mis puños, mientras yo acariciaba sus cabellos—.Sabes cuanto aprecio tu amistad y me abandonas, me abandonas miserablemente, de un modo inícuo...

—¡Me torturas tanto con tus desdenes...!

—¡Mis desdenes, mis desdenes! Llevas dos días sin venir a verme y aún te atreves a hablar de mis desdenes. ¡Dos días, dos días, interminables...!

Y mostraba dos dedos rosados como pétalos, rematados por las pulidas almendras de las uñas.

—¿Es verdad, Eulalia, que te han parecido interminables? ¿Hablas sinceramente?

Mi voz salía ronca por entre los secos labios, temblorosos de deseos. Su cabeza, inclinada sobre el hombro, tenía la candidez de una paloma posada en la nieve florida de un alféizar, y sus ojos bajos, soslayaban miradas tímidas de adolescente.

—Sí, Jorge, interminables, porque, aunque tú no lo creas, te aprecio mucho... mucho...

La enlacé por la cintura, la levanté casi desfallecida en mis brazos y, lentamente, silenciosos, caminamos en dirección de la alcoba.

Esta se me mostró con serenidad penúmbrica de tabernáculo de amor. El lecho, oculto tras los cortinajes color de fuego, aparecía misterioso, como un ara de sacrificios. Corrí al salón, quité todas las rosas de los jarrones de ágata y las esparcí sobre la colcha imperial. Eulalia estaba ya desnuda, con la magnífica cabellera suelta, y se exhibía blanca y dorada, como una copa purísima, como una lámpara de cristal colmada de óleos perfumados.

Arrebatadamente fuí a abrazarla cuando ella me contuvo con un ademán glacial.

—No, hijo, no; yo te aprecio mucho en calidad de amigo; para mis íntimos instantes de placer... eso es otra cosa. El amor que dais vosotros, los hombres, es algo insípido y además... sucio. Manchais nuestra epidermis con vuestro sudor y nos estrujais como si fuésemos guiñapos. El placer de nosotras, las pobrecitas mujeres que carecen de espíritu, según tú, es más cerebral; consiste en desear lo que la realidad no puede dar-

nos, besos que aplasten las bocas con presiones desconocidas, caricias intensas, hechas por manos etéreas, manos de nube caldeada con toda la lumbre del sol, como aquella que encarnó a Jove cuando quiso gozar a Io, y un constante rozar de sedas por el sexo, muy suave, muy suave... Mira, así.

Se tendió en el lecho y la gata auroralmente blanca saltó sobre sus muslos.

En los ojos ictéricos, fosforescían no sé qué lúbricas cantáridas...

LUIS MOSQUERA.

Septiembre-918.

CUANDO PAN VUELVA...

A sus dominios del boscaje,
donde la antígua gracia alienta,
Pan, el buen dios, ha de volver.
Ha de pasar bajo el ramaje
y al roce de su cornamenta
la fronda se ha de estremecer.

Caerá el azahar sobre el dios viejo
y sobre todo su cortejo
caerá el azahar níveo y gentil.
Cuando el caprípedo dios vuelva,
florecerá toda la selva
como en el claro mes de Abril.

Brotarán flores en las linfas
de los arroyos serpenteantes,
y a recibir al dios saldrán
fáunos y sátiros. Las ninfas
con las faunesas y bacantes
tras los centáuros marcharán.

Será una alegre cabalgata,
una carrera loca y grata
bajo los árboles en flor,
donde resplandecerá viva
la ingénua gracia fugitiva
del bello grupo encantador.

Junto a la fuente rumorosa
dirá su música armoniosa
la flauta mágica de Pan.
Y al són bucólico de esta,
entre la lírica floresta
las blancas ninfas danzarán.

SALVADOR VALVERDE.

El agua lleva...

El agua corre clara y luminosa
y canta ingénua.
Todo el perfume de las blancas flores
el agua lleva.

—

El agua es pura y azulada como
la luna buena.
El sentimiento de las novias vírgenes
el agua lleva.

—

El agua ríe en ondas cristalinas
de peña en peña.
El alborozo de los niños diáfanos
el agua lleva.

—

El agua es una lámina pulida
con luz de las estrellas.
La claridad de las auroras blancas
el agua lleva.

—

El agua es roja y turbulenta y honda
y ruge fiera.
Todo el dolor que hay en mi pecho
el agua lleva...

ADOLFO CARRETERO.

Reflexiones de un heteróclito

¿Se ha perdido el antiguo sentido de la cultura, la creencia en la fuerza del razonamiento, la sutilidad para encadenar los hechos más distantes? ¿Cuál sería la impresión que un

griego sagaz recibiera del espectáculo que ofrece esta época de ideas sin vitalidad, de nuestra falta de entusiasmo, de nuestra equivocación de haber tomado el conocimiento como una especie de excitante que nos inquieta hasta la desesperación? Cualquier hombre selecto de esta época puede figurarse hasta qué punto hemos perdido el antiguo pudor del saber. Se encuentra en todas partes un cinismo para hablar de las cosas más complicadas, muchas veces reunido con un desdén que no se oculta; se halla por todas partes tal abandono y tal familiaridad para lo que antes era un precioso tesoro escondido, se nos lleva tan ligero a la promesa de una aurora en que toda duda será disipada, que sería cosa de preguntarse si la fecunda herencia del renacimiento italiano no ha sido destruida por nuestro afán de romper todos los velos, haciendo democrático y popular lo que es de suyo aristocrático y para gustado por poquísimos paladares.

Decía Virgilio que el hombre se cansa de todo menos de comprender. Pues se ha llegado a un agotamiento en que el hombre se ha cansado de comprender, y, en cambio, cada vez encuentra mayor encanto en aprender. Ya no se usa de la fuerza vivaz que descubre con alegría la naturaleza de las cosas, y que puede lanzar como un reto la bella mentira de fugitivas apariencias, las falsedades simbólicas, el cariño hacia el error verdadero y hacia la verdad incierta. Todo ello será también en parte producto de la seriedad, de haber perdido la risa y la ironía frente al conocimiento. Ya nunca nos será posible conservar la tranquilidad ante cualquier problema científico o artístico, puesto que no va en ello todo el interés de nuestro porvenir, que tan alocadamente ha colocado el mundo moderno en manos del conocimiento.

Se ha perdido el entusiasmo, se ha perdido la noble expectación de las fuerzas desconocidas que están para romper. Actualmente se ha llegado a un estado de certidumbre tan tosco y tan grosero, que los pocos espíritus selectos que van quedado, se preguntan con dolor si este hábito de no ver a través de las apariencias puede ocasionar un obscurecimiento más grande que todos los conocidos,

Todavía la gran mentira moderna se toca en el arte aun más intensamente que en la ciencia. Suponiendo que haya una diferencia esencial entre la actitud del que crea y la actitud del que asimila (antes dije *comprender* y *aprender*), es decir, suponiendo el acto de producir como algo distinto a la disposición pasiva del que forma lo nuevo con la mezcla de todas las lecturas, combinando todos los efectos posibles de claridad y sombra, de belleza y fealdad, y aun de cosas más distintas entre sí, tales como la ingénua frescura de los cantos primitivos y el cansancio de los poetas modernos; suponiendo que se haga del acto de crear algo distinto a la producción corriente, es decir, que se exijan cosas extraordinarias en un estilo lleno de amplitud y de fuerza, en un estilo capaz de revelarlo todo por su sola fuerza impulsiva, ¿en qué sentido había que considerar a la mayor parte de los poetas, de los músicos, de los pintores modernos?

En pocos de ellos se muestra la originalidad; por ninguna parte se ve un dominio completo de todos los recursos y secretos del arte, en ninguno se ve la gracia severa y sencilla de que dispusieron los grandes maestros, sino al contrario, un sobrecargamiento, una intranquilidad, un deseo impaciente de parecer sabio, un afán de crearse originalidad y de profundizar más que nadie en la literatura del arte que cultiva. Se tiende a literaturizar la música, la pintura, la

escultura. Este ha sido uno de los efectos destructores del simbolismo. Convendría que los espíritus noblemente educados, aquellos que sienten con dolor la pérdida de los ideales artísticos del Renacimiento, hicieran en voz alta esta pregunta esencial y atormentadora: ¿Cuál de vosotros quiso crear una obra solitaria?

Se quiere demostrar en la producción todo lo que se sabe, se quiere mostrar preferentemente que está uno al corriente de todo. Ya no es posible la limitación, la antigua virtud de la concisión, la energía contenida de las fuerzas acumuladas durante largo tiempo.

Compárece, por ejemplo, la música de Mozart con la de Strauss o la de Debussy. Yo no me refiero a la diferencia en procedimientos, que lógicamente tienen que haber variado, sino a la intención, a la tendencia, al sentimiento de la música mozartiana, y a la falsedad, a la malicia, a la hipocresía de la música actual.

El artista de hoy procede con el mundo por delante, y quiere decirnos muchas cosas que él mismo no comprende. Casi siempre nos dice, no lo que siente, sino lo que querría sentir. Así, la diferencia entre el artista clásico y el artista moderno, está en que aquel habla de lo que tiene, de lo que posee, de lo que conoce en toda su profundidad; y el artista moderno habla de los deseos, de los anhelos, de todo lo vago, lo incierto, lo esfumado, lo que está lejos, lo que se escapa y es confuso hasta la desesperación.

El artista moderno necesita dotes especiales de paciencia, y una vista perspicaz para que no se escapen los detalles más nímios, ya que hay que producir gran impresión con un montón de cosas pequeñas sabiamente combinadas y mezcladas. Habrá que buscar los contrastes más inesperados, los colores más llamativos junto a las sombras apacibles, el estilo más trabajado aparecerá a veces lleno de frases corrientes y palabras familiares.

En suma, no se «*crea*», sino se «*produce*», cosa distinta y aún a veces más encantadora, ya que tenemos la ocasión de mostrar nuestro ingenio y nuestra diversidad de conocimientos y actitudes. No puede negarse que el artista actual resulta más diverso, más ágil, más vario que el artista clásico. Reflejar mil colores sin tener ninguno, y esto, unido a lo que hay en él de morboso, llega a interesar de cierta manera.

Pero no sabe llevarnos de la mano a regiones apartadas donde reinan torbellinos de belleza y de pasión. Se limitará a un mundo de pequeñas pasiones, de perversos histerismos, de colores falseados por la luz artificial. El artista de hoy se coloca en la situación del que va a ser comprendido con medias palabras, con cierto tono entrecortado, con el aire de un iniciado que habla a otro iniciado.

Uno de los más imperdonables rebajamientos del artista moderno consiste en haber preparado al público para que lo comprenda todo de una ojeada, para que sepa enseguida de lo que se trata. Al principio creyeron los modernos que aquel arte que cultivaban era poco menos que incomprensible, inaccesible para el público que no era *exquisito*. Ante un paisaje de tonos confusos, por ejemplo, las hábiles combinaciones entre los matices del gris que empezaron a usar algunos paisajistas; ante los jeroglíficos verbales, llenos de incisos y de presuposiciones, solamente con el fin de aparecer oscuro y de aparentar que se ha llegado muy profundo y muy lejos; ante las melodías enlazadas unas con otras a través de una maraña armónica y de sabias disonancias; ante todo lo que

aparecía como nublado por el velo de una sabiduría superior, toda clase de gente se detenía respetuosa, no sin sentir interiormente una justificada desconfianza. Pero poco a poco el misterio se fué aclarando, y hoy todo el mundo se permite comprender y juzgar este arte, cosa que no ha sucedido, ni sucederá, con el arte clásico. Es decir, que se quiso hacer un arte aristocrático y alejado con unos estilos jeroglíficos, y se ha venido a parar en algo que ha llegado a comprender todo el mundo, y, aun todavía más, en un arte del que, al menos interiormente, todo el mundo ha podido dudar de él.

LUIS CLAUDIO MARIANI.

En el Triclinio.

Fundida en mí, dijiste en un suspiro:
¡Dá la inmortalidad a este momento!
¿Por qué mi mano deslió el papiro,
si mataba a la idea el sentimiento?

Rodó el papiro de mi mano, intacto,
pues sus estrofas el amor cincela
cuando es una esperanza el dulce acto
o es en el alma una dorada estela.

Sobre la piel de tigre del triclinio,
olor de nardo, vaho de tu axila,
mordeduras crueles y exterminio.

En frente se elevaba Anadiomena,
mármol sin nervios y ojos sin pupila...
¡El arte vive en la región serena!

ANTONIO ARISTOY.

Valencia-1918.

EGO.

No vengas, tentadora, a turbar con el oro
de tu carne, mi vida en mí mismo exaltada;
mi rosa vale más que todo tu tesoro,
Yo söy como Dios, que lo es todo, y no es nada.

El Bien y el Mal no existen. Yo pondré mi desprecio
y el aristocratismo de mi sonrisa helada,
sobre la carnazón fundamental del necio
y el estallido de la grosera carcajada...

Iré solo, en la sola compañía de mi sombra
y no responderé si alguna voz me nombra
para beber conmigo mi vino de emoción...

Y cuando ruja en mí, la hiena del Pecado,
yo sabré desgarrar, estóico, mi costado
y arrojarle mi propio corazón.

XANDRO VALERIO.

Huelva.

IDEAL

Perderse en la quimera de una vida soñada
que, aunque no se adivina, se presiente y se espera...
Una vida imposible... Una vida callada..,
Una vida escondida... ¡Perderse en la quimera...,
y no volver al mundo...! Olvidar el dolor
de las cosas pretéritas, estériles y frías...
Ser todo claridad, emociones, amor,
y sutiles fragancias y dulces melodías ..

Arder en una llama de fervores eternos
y prender a lo Ignoto los placeres internos
del Alma—laberinto o suntuoso palacio—...

Sentirse grande y fuerte y pleno de optimismos,
y, cruzando tinieblas y trasponiendo abismos,
vivir como una estrella perdida en el espacio...

CÉSAR A. COMET.

Divagaciones de un cartujo

La ornamentación.

LA ornamentación es el ropaje y las ideas que envuelven a toda obra artística. La idea general de la obra son las líneas y por lo tanto su expresión. El artista lo primero que debe tener en cuenta para la mejor comprensión de su alma es el primer golpe de vista o sea el conjunto del monumento, pero para expresar sus pensamientos y su intención filosófica, se vale de la ornamentación, que es lo que habla gráfica y espiritualmente al que lo contempla... Siempre tiene muy en cuenta los temas, cuya modulación trágica o sentimental ha de conmover a la mayor parte de los hombres y las figuras enigmáticas que lo dicen todo o nada, y cuya no comprensión ha de hacer pensar... Luego el medio ambiente porque cada cosa ha de estar colocada en su centro, y es tan grande la influencia de lugar que varía por completo su expresión... El tiempo, así como es el gran destructor como el gran enseñador, es el gran artista de la melancolía. Nosotros sentimos en toda su grandeza los pasados por monumentos, tanto por su historia como por su color... y parece que los antiguos escultores hicieron sus sepulcros para mirarlos ahora... Y qué amargura tienen bajo el eterno color de la tarde de los claustros... En todos ellos se desarrollan las mismas ideas de muerte y de vida, envueltas en una burla sarcástica... Hay como un ansia de decir cosas, que no podían decir por temor a ser quemados

vivos o encerrados para siempre en una oscura prisión.

Por regla general los artistas que los hacían, los mismos que trabajaron en los coros y en todas las obras catedralicias, eran gente del pueblo, y por lo tanto, oprimidos por la nobleza y el clero... por eso cuando con sus manos callosas tomaron el lápiz y el cincel lo hicieron con toda la rabia y con toda intención perversa contra aquellos de que eran esclavos. Una prueba de esto son las misericordias de los coros y las ideas de los sepulcros... Hasta la misma literatura de aquellos tiempos esboza sus ideas anticlericales en figuras simbólicas, muy difíciles de interpretar... ¡cuántas cosas que no se explican!... En un sepulcro macizo, en el que descansa un antiguo obispo, el artista puso por ménsulas a dos dulces cabezas de Jesús, que soportan con cansada expresión el arco pesado cubierto de una viña de grandes racimos... Es muy extraño esto, cuando es sabido que los santos, aunque estuvieran en función de columnas, nunca lo estuvieron en función de cariátides, porque los que hicieron las portadas tuvieron con ellos esa piedad...

En los sepulcros góticos, la ornamentación de *ideas* corre por unas ricas venas con sangre de pámpanos, por los que se retuercen pájaros, caracoles, lagartos luchando con pelícanos, quimeras de pesadilla y monstruos alados con cabeza de león. Todo muy diminuto como temiendo que se vea... o como si toda aquella fauna engendro del demonio se escondiera entre los racimos huyendo del incienso o de las fúnebres salmodias gregorianas... El caballero siempre está con un libro y cobijado por ángeles y santos con un paje o un perro a los pies... Toda la flora del gótico se desarrolla en los arcos y en las florenzas en que adquiere su apogeo. Tuvieron los góticos el especial cuidado de no romper las líneas y dar una aparente impresión de sencillez ornamental, pero tuvieron la gran filosofía y la gran burla en sus figuras.

Si nos detenemos ante un sepulcro gótico, observaremos los enormes ríos de figurillas graciosas, de diablillos engarzados como piedras preciosas sobre los doseles de encaje y de formas suavísimas ocultas en las sombras de las impostas, pero todo ello en germen... Un estilo tenía que venir que abriendo sus venas ricas las dejara esparcir sobre sus retablos y sobre sus columnas para dar lugar a una forma ébria de adornos. El estilo barroco.

Los góticos, voy diciendo, tienen más puñal para con los vicios en sus sepulcros. Se ven retratados los pecados capitales... en algún sepulcro álguno triunfó...

Luego, calvarios ingénuos, escenas de la historia santa y bosques de ángeles... Los apósteles los colocaron sobre las pilastras al lado de aquella perversión, con rostros de éxtasis, de rabia, de quietud...

Estos sepulcros, sin embargo, son los que tienen más cristianismo y menos paganía,.. Ellos son como una muestra de aquellas edades de hambre y superstición... tan llenas de terrores a Belcebú y de gracia picaresca e intencionada. Ellos también son una muestra de los ya pasados horrores, mostrándonos sus mil escudos con los riquezas del que ya no es ni polvo...

Pero así como en los sepulcros románicos se sienten los albores de aquella fé cristiana y tremenda, en los del renacimiento toda la austeridad románica y la filosofía gótica se cambian en un paganismo y una lujuria amasada con un raro misticismo, que pone al alma en suspenso... Ya a las líneas elegantes y finas del gótico suceden las fuertes y

clásicas líneas romanas y griegas... Y son los plintos llenos de manzanas, rosas y cuernos de la abundancia los que triunfan, y son las guirnaldas de calaveras atadas con cintas de seda, y son las luchas de sátiros con hojas enormes, y son las grecas de cabezas distintas, entre las cuales el Santiago peregrino asoma su bordón...

Las ideas son todas de una extrañeza incomprensible... Por regla general estos sepulcros del renacimiento toman forma de altares como la mayoría de los góticos por ser ésta la que más se presta a la riqueza ornamental... Todas las líneas encuadran a tableros llenos de figuras y flores.

En algunos plintos mujeres desnudas entre paños y guirnaldas de naranjas, sostienen con gran expresión de dolor canastos llenos de yedra; en otros hay cariátides fundidas con la pared, que tienen sobre sus cabezas, despeinadas por un viento de acero, toda la fábrica sepulcral... En todos existen cabezas rotas de toro y león que llevan entre sus dientes los lazos de las guirnaldas que corren alrededor.

En unos se desarrollan los desnudos con toda su furia lujuriosa, en otros dentro del mismo impudor hay una tristeza silenciosa que trasciende a religiosidad. Es un abad viejo al que sostienen su urna cineraria dos hombres completamente desnudos mostrando al aire sus sexos, pero en sus movimientos y en sus ojos entornados, hay toda la grandeza de una pureza infinita... pero estas expresiones son las menos, porque en los demás sepulcros hay rostros y contorsiones bellísimas que son la lujuria misma...

Y para llenar huecos sin adornar, emplearon dragones con caras primorosas de línea correcta, mujeres con pies de águila y alas abiertas entre lluvias de hojas y cuernos, y chivos con los ojos abiertos, aves agoreras enlazadas entre rosas de cien hojas, ogros, bacantes dolorosas, cardos, acantos, y sobre toda esta sinfonía de ensueño tentador revive la majestuosa escena del Calvario sostenida por pirámides de ramas, o por las espaldas de algún hombre colosal...

En los más avanzados del renacimiento desaparece toda la riqueza del desnudo, para dar paso a los haces maravillosos de líneas y a los escudos, como únicos motivos de ornamentación...

FEDERICO GARCÍA LORCA.

"Pagodas, lotos y elefantes"

Buda.

"Nuestro nacimiento es sueño y olvido.
El alma que en nosotros amanece,
la estrella de nuestra vida, tuvo su ocaso
en otros horizontes y viene de muy lejos."

Wordsworth.

Lector, si te place, debes leer el peregrino relato del advenimiento de Buda, porque, seguramente, será grato a tus sentidos ver aparecer, a través de la disipada niebla de los siglos, la melancólica figura de este príncipe azul y misterioso como un loto sagrado.

***

Unánimemente está confirmado que los sueños han sido siempre signos inequívocos de presagios...

Las bayaderas celestes han soñado, y

descienden radiantes de alegría, de la inmensidad de los cielos, para anunciar a la reina Maya el advenimiento de su hijo que se llamará Buda...

Tu hijo ¡oh reina Maya! *será la bendición del mundo*; el día de su nacimiento la tierra se estremecerá en fiesta; las estatuas de las Pagodas sacras bajarán de sus pedestales y se prosternarán hasta el suelo para saludarle.

Las virtudes fundamentales de Buda, serán la ciencia de refrenar las pasiones, la caridad, el amor al prójimo y la abnegación.

***

La infancia de Buda—abanicada por las voluptuosas palmeras del desierto—es fértil en prodigios; su juventud es de placeres, de disipación; pero en el fondo de su pecho hay una llama inextinguible de sacrificio y de renunciamiento terrenal. ¡Oh, Buda empieza a enamorarse de las selvas sagradas e iniciantes!

A éste brillante príncipe le casan con la ensoñadora Gopa y de ella tiene un fruto de bendición masculino.

¡Ni los palacios de mármol, ní el marfil, ni la plata, ni las lámparas de oro de que es poseedor, así como tampoco los cantos eróticos de las bayaderas, ni sus danzas lascivas, pueden quebrantar su fe redentora y suprema!

Abandona la pompa seductora de la corte y se refugia en la selva, donde se inicia y muere a los cuarenta y cinco años de edad: su alma se separa de su cuerpo con la misma facilidad que podemos separar el tallo de hierba de la película que lo envuelve.

Su madre, desolada, desciende sobre la tierra para ver por última vez al hijo amado.

El alma de Buda no puede morir, sólo sufre una metamórfosis, para tornar nuevamente al plano físico, *iluminado y poseído de la ciencia perfecta*.

Comienza para él una nueva era de predicamento; recorre la India de Norte a Sur, mitigando dolores, haciendo milagros, alegrando a los tristes.

He aquí que un día un joven brahmán le pregunta si conoce *los mundos del más allá*, y Buda le responde diciendo: –«Si quisieras ir a una aldea, oh joven brahmán, preguntarías el camino a quien, por vivir en ella, lo conociese, y así, en verdad te digo, que haces bien en preguntarme por los otros mundos, pues los conozco y sé el camino».

Más tarde, en el territorio de Maya, le dan a comer carne de puerco y sus discípulos presagian en este hecho su próxima muerte...

Los funerales de Buda son fantásticos y suntuosos; caravanas de elefantes blancos—como nubes de ensueño—llegan de todas partes de la India; las bayaderas derraman sus cestos, pletóricos de lotos y de rosas, sobre su cuerpo real; el perfume delicioso y nirvánico del haschich, se derrite en los áureos pebeteros; su olor trastorna y enrarece el ambiente con vellones de humo...

***

Buscando en el Océano de mi pensamiento, oh lector amable, he encontrado esta *perla de la vida de Buda*; guárdala juntamente con otras perlas que la vida te haya dado, en el cofre de tus joyas; así, algún día, podrás ofrecer un hermoso collar ilusorio a una mujer que te comprenda y te ame.

ISAAC DEL VANDO-VILLAR.

P. ROLDÁN

P. DEL PAN-3.

TELÉFONO 893

SASTRERIA A MEDIDA Y ALMACÉN DE ROPA CONFECCIONADA

PIDA V. CAFES MARCA

El Barco

El mejor, el mas selecto.

Especialidad en torrefacción concentrando su aroma.

Despachos:

Imágen, 13 y Alcázares, 1.

SEVILLA

CENTRO

Técnico Industrial

Maquinarias para la obtención de aceites y vinos.

Las mas práctica, mas seguras, mas científicas

patentadas en España y Portugal

Pídanse proyectos y presupuesque se dan gratis.

Maquinarias en general para toda clase de industrias, nuevas y usadas, motores de todas clases, material industrial

Oficinas de Sevilla, Campana, 8

GARCIA Y VELAZQUEZ

(PUERTA DE TRIANA)

San Pablo, 44.—SEVILLA.

Géneros del Reino y Extranjeros

Esta Casa tiene grandes novedades para la actual temporada de invierno.

Precios sin competencia

¿Es usted enfermo de ESTOMAGO e INTESTINOS? Los continuos fracasos de multitud de específicos ¿han hecho a usted escéptico y desconfía de curar?

Neutrácido Español

REMEDIO novísimo, inofensivo y portentosamente eficaz, no es imitación de ningún otro producto ni puede ser imitado. Es el único que por su original composición posee patente de invención mundial. No contiene Bismutos, Bicarbonatos, Magnesias, substancias purgantes ni calmantes. VENCE de modo pronto, integral y permanente, HIPERCLORHIDRIA, acedias (pirosis), flatulencias, dispepsias, vómitos, estreñimientos, diarreas, úlcera dilatación y dolor de estómago, etc., y si presentáis a vuestro médico un folleto de los que ofrecemos gratuitamente, en demanda de su opinión, os justificará todas estas afirmaciones y la razón científica de que **Neutrácido Español** cure asimismo maravillosamente Artritismo, Reuma, Gota y Anemia.

DE VENTA EN BUENAS FARMACIAS Y DROGUERIAS
FRASCO PEQUEÑO: 6 PESETAS
FRASCO GRANDE: 10 PESETAS

Concesionario exclusivo: **D. José Marín Galán,** Arjona, 4.—SEVILLA quién enviará gratuitamente folletos a quienes los soliciten.

ALMACÉN DE MUEBLES
DE
Alejandro Velasco
FERIA, 23.—SEVILLA

Compra y venta de antigüedades y objetos de Arte.-Se alquilan mantones bordados y mantillas.-Se compra lana usada.-Se alquilan y venden trajes de toreros y picadores, y todo lo perteneciente a este arte.

Representante:

Casto Muñoz

FLANDES, 9

Grandes Almacenes

EL AGUILA

Sierpes núms. 70 y 72.--Telefono, 18.

SEVILLA

SUCURSALES

Madrid, Barcelona, Alicante, Almería, Bilbao, Cádiz, Cartagena Gijón, Granada, Málaga, Palma de Mallorca, Santander. Valencia, Valladolid, Zraagoza.

Ropas confeccionadas para caballero, señora, niño y niña

Peletería, Camisería, Géneros de punto, Corbatería, Guantería, Sombrerería, Zapatería, Paraguas, Bastones y Artículos de viaje.

= PRECIO FIJO = VENTAS AL CONTADO =

Luís Piazza

Plaza de San Fernando, 5

SEVILLA

Gran fábrica de Pianos y Armoniums

Casa fundada en 1850

Premiada en varias Exposiciones

Pianos y Armoniums extranjeros

Gramófonos y Discos

—

Agente exclusivo en las provincias de Sevilla, Cádiz, Huelva, Córdoba, Málaga, Granada, y Almería.

del PIANOLA-PIANO AEOLIAN

Inmenso surtido en rollos para los mismos

Pidánse catálogos. Se remiten gratis

La Española

CONFITERÍA

PASTELERÍA

ULTRAMARINOS

Astelmo de Rueda y Mora

Tetuán, 27.—Teléfono, 941.

SEVILLA

Casa especial para bombones

MUY INTERESANTE

Desinfectante Sanitas

Para ganadería, e higiene, árboles y plantas

USE USTED NUESTROS INCOMPARABLES JABONES

Jabón "Sanitas" n.º 1

El mejor Jabón desinfectante, medicinal, para tocador, el de mas éxito y el preferido por sus componentes.

Jabón "Sanitas" n.º 2

(HIGIENICAMENTE PERFUMADO)

Delicioso Jabón para tocador a base de pino, eucalíptos y alcanfor

SOLO CUESTA UNA PESETA PASTILLA. SE VENDE EN TODAS PARTES

Mole y Welton

SEVILLA

Tip. «La Exposición», Federico de Castro, 18.—Sevilla.